

Leire Quintana

Una CANCIÓN
INESPERADA



MAEVA | *inspira*

Prólogo

Por Espido Freire

La vida de clausura siempre ha despertado un interés rayano en la impertinencia. Hoy, exactamente de la misma manera que hace siglos, resulta provocador el que un grupo de mujeres se arriesgue a sobrevivir en solitario, por sus propios medios. Y aún más increíble, que afirmen ser felices. Sin hijos, sin maridos, sin la estructura convencional de una familia. Con unas alianzas y unas normas propias y consensuadas. En el pasado el claustro suponía para algunas una liberación, el espacio privado en el que podían desarrollar una existencia de estudio, de silencio y de perfección, y para otras el mayor castigo imaginable, que les condenaba al ostracismo y a la invisibilidad. Pero con algunos derechos garantizados, y una sociedad moderna, ¿por qué querría una mujer encerrarse en un convento?

Rosalía llega al suyo con un dolor interno considerable, con la inteligencia convertida en una enemiga y un hueco en el lugar donde antes tuvo corazón. Su abadesa, la Madre Marie, lo adivina enseguida, maestra como es en detectar qué ocultan sus monjas, y además de guiarla con firmeza y amabilidad por el camino de conquistar la serenidad y la paz, le da un consejo: «Lleva un diario. Escribe con sinceridad y no te penalices».

Y nuestra monja convierte ese consejo en orden, y, como Teresa de Jesús, otra cabecita inquieta y brillante, se escuda en que quien tiene autoridad se lo ha pedido para volcar en el papel aquello que le rebosa día a día. Así, por encima de su hombro, leemos qué ocurre tras aquellos muros y tras aquellas frentes. Porque si interesante es la rutina del convento (algo suavizada para las novicias, pero rigurosa igualmente), aún más lo es la descripción de los pensamientos y las reacciones de las monjas, sus compañeras, y de ella misma.

En el convento habitan mujeres muy ancianas y jóvenes que aspiran a profesar, algunas lúcidas, y otras brillantes en sus desvaríos, con un humor endiablado y con diferentes visiones de qué significa la vida religiosa y la convivencia en común. Por momentos, tenemos la clarísima sensación de que Rosalía prefiere el trato con las plantas y la huida de su fantasía antes que enfrentarse a la realidad menuda pero dura del claustro. Y presenciamos la evolución de esas escapadas y de ese cariño hacia sus compañeras, y hacia sí misma: cada uno de los fragmentos de esta historia, de un ritmo ágil y un humor desbordante, habla de la mirada hacia el otro y la mirada hacia sí misma.

La libertad, la obediencia, el sacrificio personal, la entrega al amor de una manera completamente diferente a la que había sospechado nos la acercan. Pero aún se aproxima más en la lucha por comprender lo que no le entra en la cabeza, en las ansias por controlar su temperamento y en el remedio que casi siempre encuentra: la humildad, la aceptación, la autocrítica y la alegría.

Rosalía trata de ser una buena monja, pero sobre todo se esmera por convertirse en una persona mejor, por limar

los defectos que descubre en el trato cercano con las otras. Se dedica a la reflexión, quizá por primera vez en su vida, sobre qué le acerca a la felicidad: en el cuidado de algunas de las hermanas enfermas, o ancianas, con la misma delicadeza con la que mimaba las camelias, las lechugas o ve pasar a su gatito *Cuco*. Le enseñan a amar la vida con lo que esta encierra. Amar incluso el dolor, no de una manera morbosa y nociva, sino como una guía hacia un camino que, de otra manera, no recorrería.

Y descubrimos con ella que el convento es un cruce de camino, con huéspedes y maestros, con cursos de materias insospechadas y con la presencia de los relatos de los sabios y de los pensadores; un espacio de crecimiento, un taller de prácticas en el que se aprende a pasar hambre y a disfrutar de trabajar con el estiércol, a reivindicarse frente al machismo y a aceptar las contrariedades. Porque quien sea capaz de verle a eso el lado positivo, podrá con cualquier otra nimiedad.

Finaliza el libro y la vida continúa, completamente transformada en lo pequeño, porque el suelo es reflejo del cielo, nos enseñan los benedictinos, y preparada para lo enorme. Las palabras siempre han sido las mismas, muy similares a las que Rosalía emplea desde el principio de su relato; pero ha cambiado el sentido, el tono, el peso de cada una de ellas. Porque, efectivamente, se reza, y se trabaja, y ambos conceptos se confunden. Y el camino que lleva a la felicidad no se encuentra en el exterior; nos lleva, de curva en curva, por el interior humano.

Sola quae cantat audit, et cui cantatur, id est sponsus et sponsa.

[Solo la escucha el que la canta y aquel a quien
se dedica, el esposo y la esposa.]

San Bernardo de Claraval
Sermón 1: 4, el Cantar de los cantares

Introducción

Attende Spiritum loqui et spiritualiter oportere intelligi, quae dicuntur.

[El Espíritu habla y conviene escucharlo espiritualmente.]

San Bernardo de Claraval

Sermón 45: 8, el Cantar de los cantares

La grúa se llevó mi coche prestado. El motivo fue incongruente: protegerlo de las obras de la calzada. Porque al tiempo que se lo llevaba, el gruista le dio un buen golpe con su grúa municipal de color azul. Ante mi queja me demostró la imposibilidad de mi argumento. Me aturulló con sus palabras el jefe del cotarro, un señor de bigotes espesos y longitudinales quien para colmo me cayó muy bien. Mi coche prestado padeció en mi nombre un rito iniciático de incorporación a la vida en la ciudad. Pum.

Querido diario: soy yo, Rosalía, pero ya no estoy en el monasterio. He vuelto a Madrid. A la ciudad donde trinan con monotonía los pajarillos de los semáforos. Y añoro sin disimulo la irrupción del petirrojo en el amanecer, la pesada campana y la hierba humedecida por la niebla.

Me quedan ya muy lejos aquellos motivos tan poco razonables para la vida moderna que me llevaron a embarcarme en un barco de piedra del siglo XII amarrado en la orilla del río. La primera vez que lo vi pensé justamente eso:

el monasterio era inexpugnable como el arca de Noé flotando segura durante el diluvio.

Pero hubo motivos. Primero quise parecerme a ellos. A esos monjes rudos con coloretos en las mejillas y manos que parecen guantes viejos de cuero por el trabajo en el campo, en las huertas, en las plantaciones de lavanda, o por el ordeño de las vacas. Me deleitó su sencillez cuando desde la ventana de la hospedería de un monasterio castellano, vi como uno de esos monjes sonrosados se arrodillaba, tomaba un puñado de tierra con las manos y se lo llevaba a la nariz. Aspiró y llegó a la gloria sin pasar por el purgatorio. Era estiércol. Y yo, que había desarrollado una alergia hacia toda muestra de sofisticación religiosa, amé su espiritualidad terrenal. Después, quise parecerme en algo a ellas. A esas monjas llenas de energía tan poco semejantes a las mujeres que la sociedad fabrica con su machacona falta de perspectiva. Me inspiraron ellas y ellos, como lo hacen los territorios ignotos a quienes tienen vocación aventurera. Y me puse en marcha.

Tenía 37 años, un piso en propiedad, un trabajo estimulante y un sentimiento de desubicación que horadaba mis entrañas. No puedo más, me dije un día. Rosalía, no puedes más, me susurró el viento de la tarde. Sin pareja ni hijos, extendí mis brazos a poniente y llegué al monasterio. Deseaba encontrarme a mí misma, como los *hippies* en la India, sin la pista de un gurú pero siguiendo «la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido».

Sé que sufría el síndrome de *Luis XV*. El loro de un amigo pasó una temporada en casa de sus abuelos. Al cabo de unos años, los abuelos fallecieron y el loro regresó a su

antigua residencia. Pero su discurso había cambiado. Ya no decía «¡qué rico chocolate!» sino «¡ay, ay, ay qué disgusto!». La moral de los abuelos debía de andar por los suelos y el loro recibió una educación deprimida.

Yo, en cambio, no podía acusar a los abuelos de nadie de haberme comido el coco. A veces, casi siempre, siempre, somos nosotros mismos los que nos prescribimos la peor de las instrucciones posibles. Y me di cuenta de que debía remediar ese estado y volver a la vida. No a la vida de mi vecino, aunque me gustara mucho. A la mía, aunque entonces me gustara poco. Y dejar atrás a *Luis XV*, quien lloraba con sus lágrimas de psitacoideo lo mismo que lloraba yo con mis lágrimas de homo sapiens.

Cuando llegué al monasterio, la madre abadesa, Marie Fontaine, me dio la bienvenida, sin pancartas pero con una sincera sonrisa. También me regaló un diario. Me pareció un obsequio adolescente así que lo abandoné en la balda desnuda de la estantería de mi celda. Después pensé que quizá era una costumbre entre las monjas. Y que ellas escribían sus Vidas, como Santa Teresa escribió la suya. Y empecé juiciosamente a relatar mis acontecimientos esperando que algún día se convirtieran en hagiográficos.

Confieso que mi primer año en el monasterio transcurrió sin pena ni gloria. Me dijeron que, la primera fase de mi estancia, el postulante era un tiempo de tranquilidad para que fuera conociendo la vida monástica sin tener que asumir responsabilidades, más que las justas, y sin tener que tomar más decisiones de las que de por sí ya había tomado. Tranquilidad, tranquilidad ¡y un jamón!

Pasó ese primer año y no tuve ninguna revelación. Más o menos seguía siendo la de siempre solo que en un

escenario muy solemne. Eso me desalentó. Había supuesto que después de mi proeza iba a encontrarme con la felicidad cara a cara. Esperaba unos resultados notorios. Nada de eso. Tampoco quise tirar la toalla. Un desconocido espíritu olímpico me asistió durante mi discernimiento. ¡A por el oro Rosalía!

Después de la toma de hábito, en enero comencé el noviciado, un período de inmersión en la vida monástica durante el cual las hermanas veteranas ofrecen formación y acompañamiento a la neófita. Recibí clases sobre el monacato primitivo, participé en largas sesiones de solfeo y canto, me instruyeron en liturgia y desmenuzaron conmigo la regla de vida, leí las constituciones, aprendí cosas sobre los orígenes de la orden y nada sobre el lenguaje de señas, ese con el que las monjas hablaban cuando hablar estaba prohibido. Entre todas me condujeron a lo largo de la intensa travesía pero fue Madre Marie quien pilotó la expedición. Ella dispuso todo para poder reunirse conmigo el primero de cada mes. Y yo supe de inmediato que aquello sería importante.

ESTROFAS Y ESTRIBILLO

Hodie legimus in libro experientiae.

[Hoy leemos en el libro de la experiencia.]

San Bernardo de Claraval

Sermón 3: 1, el Cantar de los cantares

1

LA LIBERTAD

Uno de febrero. Primer diálogo con Madre Marie

Por ser primero de mes, me dirijo después del rezo de nona al austero despacho de la abadesa. Llamo a la puerta y vuelvo a llamar hasta que me decido a entrar sin obtener permiso.

Allí está Madre Marie, enfrascada en una lectura llena de subrayados. Levanta la vista y me invita a sentarme en ese rincón amable al lado de la estrecha ventana.

No parece tener prisa por empezar. Me sonrío y suspira. Madre Marie es una monja que ama su soledad, una verdadera monja que no ha sido hecha para mandar ni para instruir a otros. Al menos, eso es lo que ella piensa de sí misma.

Me encuentro un poco nerviosa. Hace unas semanas que he comenzado el noviciado y me siento muy incómoda vistiendo un hábito enteramente blanco y largo hasta los tobillos, con un velo por el que se me escapan los mechones y una chaqueta enormemente pesada. Pero aquí

estoy yo, sentada en la butaquita forrada en piel verde, con toda la compostura de la que soy capaz.

La Madre es toda serenidad. A pesar de sus múltiples ocupaciones, parece disponer de tiempo ilimitado. Nada en su lenguaje corporal puede dar a entender que se encuentra inquieta ante la entrevista con tal peculiar novicia. Yo soy como un marciano en una corrida de toros, alguien que ha dejado la confortabilidad de extravagante espectador y se ha decidido a tomar la alternativa. Marciano con traje de luces.

Madre Marie posa la mirada sobre su regazo y al fin me dice:

—Rosalía, si estás aquí es por algo. Has decidido pasar de la visibilidad a la invisibilidad. Has mostrado mucho coraje: las monjas de clausura, tal y como el mundo nos conoce, no somos nadie. Nada más que puro aliento, pero ahí reside la belleza de esta vida. Cuando no hay expectativas, cuando no se espera nada de ti, es más fácil ser libre. Y la libertad, mi querida novicia, es nuestro don máspreciado.

Me choca que una monja sometida a mil restricciones me hable de la libertad.

—Madre, ¿qué es para usted la libertad? Está claro que tiene poco que ver con el libre albedrío, ¿no?

—En mi opinión, es la no identificación con los roles que en la vida hemos ido asumiendo, es la no identificación con el pasado, es la no identificación con un yo sólido.

—¿Prefiere usted un yo líquido?

No pretendo tomarle el pelo a la Madre, pero mi lengua se adelantó a mi cerebro, si es que eso es científicamente posible.

—Pues sí, exactamente. Pero lo que quería decir es que si tienes una idea exacta de quien eres, de lo que se espera

de ti, de lo que tú esperas de los demás, las cosas se vuelven rígidas. Te quedas enganchada a una idea y no ves la realidad. No fluyes como fluyen los líquidos. Matilde de Magdeburgo tiene un término precioso: «El verdadero saludo de Dios proviene del fluido celestial».

—Pero yo creía que conocerse a una misma era importante, ¡esencial para vivir una vida buena!

—Eso es lo que nos enseñaron los filósofos griegos y también los monjes del medievo. San Bernardo apunta a un autoconocimiento integral basado en la máxima *similis similem quaerit*, lo semejante busca lo semejante, o lo que es lo mismo, el alma busca a Dios. Lo que ocurre es que a estas alturas, en Occidente nos hemos racionalizado mucho y el yo psicológico, el que se deja conocer, no es nuestra esencia. La esencia no se deja atrapar. Digamos que no es sólida. Cuanto más conectados estemos con ese ser esencial, con esa imagen de Dios en nosotros, más libres seremos.

—Pues me parece que casi todos somos bastante esclavos de nuestra imagen externa.

—Sí, por eso una prueba de libertad es recibir con la misma ecuanimidad tanto las alabanzas como las críticas, sin apegarse al yo mental. A propósito de esto, recuerdo un pequeño relato de nuestra tradición monástica. Unos monjes alabaron a un hermano delante del abad Antonio. Cuando este fue a visitarlo, quiso ponerlo a prueba viendo si soportaba una injuria. Y cuando vio que no, le dijo: «Te pareces a una casa con una hermosa fachada, pero que por detrás está desvalijada por los ladrones».

—Uf, pues yo debo tener mi casa como la cueva de Alí Babá. Las críticas de las hermanas me disgustan un montón.

En cambio la veo a usted, Madre, siempre tan serena, y me digo: ¿cómo lo hace?

—Al principio no era así. Te confieso que al final de mi primer mes en el monasterio llegué a la conclusión de que las monjas eran ¡unas brujas!

—¡Me deja usted descolocada, Madre!

—Pues no sabes lo que me alegro, Rosalía. Los ídolos se tienen que caer y cuanto antes, mejor.

—¿Y por qué llegó a pensar algo así? —pregunté con aire muy inocente, como si yo misma fuera incapaz de albergar semejante idea.

—Desde pequeña he detestado la calabaza y había oído que en los monasterios casi todas las noches se cenaba un puré de la horrible hortaliza. Al llegar aquí, me mandaron a la huerta y me dije: Marie, es hora de pasar a la acción. Cuando la hermana responsable no miraba, me dedicaba a pisotear las flores de todas las plantas que me parecían calabazas. Conclusión: dejé el monasterio sin cosecha de pepinos, calabacines, melones y sandías. *Casualmente*, ellas no cultivaban calabazas.

—¡Menudo *shock!*

—Sí, todo se descubrió. Escribieron a mis padres y les dijeron que yo era demasiado fina para ser monja y que vinieran a recogerme cuanto antes. Finalmente, en lugar de mis padres vino mi abuelo.

—Menos mal, los abuelos son mucho más comprensivos...

—Mi abuelo me fue dando puntapiés en el trasero hasta que me metió en el autobús de línea.

—¡Oh, no era el abuelito de Heidi...!

—Eran otros tiempos. Al cabo de una semana pude volver. En la vida monástica te encontrarás críticas abundantes de parte de tus hermanas. Ellas son nuestras maestras y lo serán hasta que aceptemos eso que no queremos ver. Pero si perseveras, llegará el día en que podrás recibir todas esas amonestaciones con un sincero *gracias*.

En ese momento pienso en mi amiga Alicia, que cada día tiene que soportar las provocaciones de su ex. Que si no me viene bien recoger al niño a esta hora, que si deberíamos compartir la casa porque un porcentaje es mío, que si la niña debería ir a Inglaterra pero ahora me viene mal y págalo tú, que dónde está la pantalla de plasma que nos regaló mi madre... Alicia consumida por tanta confusión. Alicia convertida, cuando yo la instruya, en sabia estoica.

—De todos modos, tómatelo con calma, la sabiduría escondida en esta vida paradójica no se adquiere en dos días. Ten paciencia y descubrirás su inmenso valor.

—No sé, Madre, no dudo de su palabra, pero en este momento me siento perdida.

—¿Como en un laberinto?

Entonces reparo en que Madre Marie me mira. No hay necesidad en sus ojos, tampoco intensidad, tan solo una profunda soberanía. Como si supiera más de lo que dice y al mismo tiempo eso no le hiciera sospechosa de estar ocultando algo.

—Sí, como en un laberinto pero sin un hilo que seguir...

—El hilo es tu vida. No se van a abrir los cielos ni va a bajar un ángel que te susurre al oído lo que tienes que hacer. La mismísima vida cotidiana es el mapa del laberinto. La vida monástica, tal y como está configurada, nos lleva a

cada una adonde hemos de ir, pero hay un peligro, y es que, por el hecho de estar en un monasterio, aspiremos a cosas sublimes. Nuestra imagen de santas mujeres tiene culpa de esto. Ten mucho cuidado. Ya lo dicen las Escrituras: el que se ensalza será humillado y el que se humilla será enaltecido. Esta vida, en su simplicidad, puede ser una trampa para espíritus orgullosos.

—Pues lo que me faltaba...

—No te preocupes, no hay nada como convivir entre monjas una temporada para que las ideas elevadas sobre nuestra vida acaben por los suelos, aunque preferiría que tu aterrizaje no fuese forzoso.

—No quisiera acabar con dentadura postiza desde tan joven, Madre.

—El mejor antídoto contra la soberbia es el conocimiento propio. Te digo lo que san Bernardo, *primo omnium animam scire seipsam*. Yo deseo que el alma se conozca a sí misma. Porque ese conocimiento no infla, humilla. La humildad es el fundamento de la vida espiritual. Mira, no me gusta dar consejos, pero permíteme este: lleva un diario, escribe sobre el día a día, da curso libre a tus emociones, despresuriza la caja donde guardas tus pensamientos, deja que fluyan con libertad. Intenta escribir desde el corazón y no te penalices.

—¿Un diario en el que pueda dejar constancia de que las monjas son unas brujas?

—Incluida yo.

—Mañana mismo me pongo con las memorias de una monjita en apuros. Vamos a salir menos favorecidas que la familia de Carlos IV retratada por Goya.

Dos de febrero. Día de la vida consagrada

Comienzo mi diario un día de febrero en el que sopla viento del norte y las hojas caídas del falso plátano de don Julián se persiguen unas a otras.

Hoy celebramos el día de la vida consagrada. Para que todo el mundo lo entienda, la vida consagrada se parece a los caramelos de guinda, que te dejan un sabor dulce y muchas ganas de beber agua. Se parece a alguien que va en el metro riéndose a carcajadas tras las páginas de un libro dejando a todos los viajeros intrigados y contagiados de su buen humor. Y se parece a un viejito que sigue dando de comer a las palomas, aunque otros piensan que son unos bichos horrendos. Y creo que es casi igual a dos jóvenes demasiado jóvenes que se han enamorado, se cogen por primera vez de la mano y pasean por la plaza de España, él hinchando pecho y ella moviendo resuelta la cabeza hacia los lados, ambos con ilusión y un poco de vergüenza a la vez. Pero sobre todo se parece a un aroma, y si prestas atención, lo mismo puedes olerlo ahora.

Tres de febrero. San Blas (por San Blas las cigüeñas verás)

He estado retrasando hasta hoy mi cara a cara con el papa emérito y ceñudo. Mi maestra de liturgia me lo había escogido con un poco de retintín: «No mires el nombre del autor para que no te influya...». Y a mí me ha salido una frase tan bienintencionada como falsa: «Lo leeré con muchísimo gusto», pues el libro había estado durmiendo sobre mi mesa del escritorio los quince días que separan mis clases. Ante

lo impepinable de mi cita de esta tarde, me he dispuesto a leer al papa ceñudo y me ha gustado de veras. Sí, dice cosas como: «La liturgia despierta en nosotros la verdadera existencia como niños». Y la compara a un juego en el que somos libres de exigencias y necesidades.

Ahora comprendo que el papa es ceñudo porque de pequeño construía maquetas de castillos renanos a la exigua luz de una velita mientras todos pensaban que dormía; porque se preguntaba cuál era la distancia entre su mirada y el sol; porque cuando le decían que había guisantes para cenar, se cuestionaba si no era muy pronto para que hubiesen madurado y musitaba disgustado que tendrían sabor a hierba y a tierra.

Cuatro de febrero

¿De qué hablan las monjas cuando hablan? Esta tarde hemos terminado pronto el ensayo de canto y nos ha quedado un rato para hablar de cosas trascendentales: las gallinas. Realmente son unos animales fascinantes. Las gallinas cluecas que no han sido fecundadas incuban los huevos como si fueran futuros pollitos, y los ponen a tan alta temperatura que los pudren. De ahí la expresión: huele a huevo podrido. Seguro que los que trabajan en las torres KIO no tienen ni idea de esto.

Otra de las conclusiones a las que las monjas han llegado es que la vida monástica es incompatible con las gallinas, sobre todo en verano. Ellas se acuestan con la puesta de sol y nosotras tenemos que cerrar las contraventanas para que no nos deslumbre la claridad de la tarde. Se niegan a entrar

en el gallinero antes de su hora. Son como adolescentes. Por eso ahora compramos los huevos en Mercadona.

Cinco de febrero

He conocido a cuatro obispos en mi vida. Al primero lo conocí cuando era un sencillo capellán de un colegio de monjas. Se sentaba en el suelo y sonreía con suavidad. Una vez lloró de emoción al cantar *Tú has venido a la orilla*. Ahora lleva un metro en el bolsillo para disponer cada cosa en su sitio y va por ahí muy serio y digno. Quizá haya olvidado que es en el suelo donde se captan las grandezas de nuestra pequeña existencia.

Al segundo lo conocí en Taizé y llevaba un chándal verde que brillaba. Era americano y por eso no le dijimos nada sobre su atuendo. Quise hablar con él y me dijo: «Es bueno que en las multinacionales haya cristianos comprometidos».

Así que, con el beneplácito del obispo de Connecticut, entré a trabajar en una empresa americana en la que estaba terminantemente prohibido llevar ropa de deporte.

Al tercero lo conocí antes que al segundo, en la terraza de la casa de unos amigos. Todos nos pusimos a su alrededor con nuestras orejas desplegadas como bafles de alta fidelidad. No es común tener a un obispo de la República Centroafricana sentado a tu lado. Llevaba una camiseta colorada y tenía una barba morena. Han pasado al menos quince años desde entonces y aún recuerdo sus palabras. Las personas somos como trenes. En África es normal que varios vagones del tren estén en llamas, pero el tren tiene que

seguir adelante. Nadie se para a lamentarse, no se lo pueden permitir. Recuerdo vivamente cómo contaba las mayores catástrofes con una enorme tranquilidad, humor, responsabilidad y ojillos verdes.

Al cuarto obispo lo conocí en el monasterio. Iba vestido de rojo. Pero mucho, mucho. No recuerdo nada de lo que dijo. Tampoco recuerdo nada de lo que dijimos nosotras. Pero me solidaricé con él el día que apareció en la prensa la fotografía de su rostro demudado. Las gafas caídas sobre la nariz y el pecho hundido bajo la cruz pectoral. De su catedral había desaparecido un relicario del siglo xv de los muy venerados. Un caso terrible de expolio. Previsiblemente puesto a la venta fuera de España en subastas clandestinas. Desaparecido para siempre en el mercado negro del arte. ¡Qué va! El relicario estaba en el garaje del fontanero de la catedral. «Silencioso y cubierto de polvo, veíase» el relicario de san Fructuoso. Y él, tan pancho.

Me han contado que el obispo centroafricano ha sufrido un infarto. Deseo que se recupere, rezamos por ello, pues ese tren debe seguir adelante.

Seis de febrero

Hemos estado trabajando toda la mañana en el desván. Es el reino de la carcoma. Y me doy cuenta de que en criterios de limpieza los posicionamientos coinciden con los que se mantienen en política. Las más conservadoras no tiran ni tan siquiera un cabecero roto de una cama de muelles sin muelles. Las progresistas quisieran poner en el contenedor

todo lo que huele a anacrónico, incluidos los libros en latín del ritual monástico. Como en las anteriores elecciones generales, han ganado las conservadoras por mayoría absoluta.

Siete de febrero

La gente suele tener la idea de que en un monasterio se pasa mucho frío. Ha llegado el día de darles la razón. Me ha tocado estar unas horas en la sala capitular leyendo sobre la poda de los rosales. Me puse un calefactor bajo la mesa para que los pies no se me convirtieran en un bloque de hielo. Estaba muy a gusto hasta que mis botas empezaron a echar humo. Se me ha despegado completamente la suela de goma del pie derecho.

Nueve de febrero

Espero que no lo haga. Que no llegue a disparar. Que no reciba la escopeta de perdigones. Pero la hermana Noemí se la ha pedido a su sobrina, que viene en Semana Santa. Y con ella quiere disparar. Y *El Gordo* es su objetivo.

—Así es como se hace en mi pueblo. Si no, *El Gordo* se hará el amo y no habrá quien lo eche.

—¡Pero si es solo un gato!

—Es un demonio de gato.

—Hermana Noemí, ¿es estrictamente reglamentario que una monja tenga escopeta?